

La Guarida de Edgar

Carlos Manuel Blanco

Image not found.

Capítulo 1

Aviso para lectores:

La historia que se cuenta aquí es total y completamente imaginaria, y no representa nada de la vida real, lamento cualquier inexactitud que haya cometido al escribir esta historia. Cualquier parecido con la realidad o con alguna otra obra es mera coincidencia. Disculpen las molestias.

El siguiente es un cuento dirigido a los niños, sin embargo se les está permitido a los adultos leerlo también, pero que no sea prejuicioso con la imaginación, y si lo es deje de leer esto y póngase a leer algo más acorde a sus ideas.

Capítulo 2

Para José Manuel y Miranda, los cuáles quizás oigan esta historia de un sinsonte.

Y para Noor, desde el otro lado del Atlántico, que quizá la escuche de una gaviota.

Él se encontraba recostado en su cama viendo el techo, pensaba aún en lo cerca que estaban las fiestas, ya estaban en plena Víspera de Navidad, y estaban a tan solo unas horas para el dichoso día de Navidad, ese día en que el Niño Jesús cumplía año y que lo dedicaba a darle regalos a los demás, sin esperar que alguien más le regalase algo. Después de todo ¿cómo iba a molestarse por eso alguien que cuando se hizo grande estuvo dispuesto a dar su vida en medio de humillaciones sólo por los demás? Él era (o es, si lo que decía el párroco de la iglesia era verdad) alguien capaz de ayudar a cualquiera con el que se encontrara, aun cuando esta persona no se dignaba a agradecerle.

Al igual que todos los chicos de su cuadra, él estaba contento y ansioso por la llegada de la Navidad, aunque a diferencia de los demás, él si se preocupaba por haber sido un buen chico durante todo el año, no tanto por el hecho de que si no lo fuera no iba a recibir regalo, desde hacía algunos años que eso le importaba bastante poco. La verdadera razón era porque tenía la idea de que si fue un buen chico en todo el año, Jesús vendría a su casa a dejarle su regalo. Lógico ¿no? Él pensaba que en tal caso sería la mejor ocasión para hablar con él ese año.

¿Y porqué querría hablar con Jesús ese año? Pues para pedirle el único regalo que nunca le había traído: su papá.

Hacía varios años que papá se había ido, estaba en un país vecino buscando un mejor trabajo del que tenía en el pueblo, ya que lo que ganaba nunca alcanzaba, quiso que toda la familia fuese con él, pero mamá se había opuesto a abandonar a su familia y a sus amigos, pero sobre todo se negaba a dejarlo a él, quien tan solo tenía seis años. Así que papá se fue solo al país vecino, hubo un tiempo en el que escribía para decir como estaba, aunque solía mandar dos cartas, una para su mamá, la cuáles siempre eran preocupantes para ella y siempre la hacían sentir un fuerte pesar, y otra para él, las cuales disfrutaba ya que describía las cosas que había visto y las "aventuras" que pasaba en el país vecino, aunque estaban claramente exageradas, aún así el chico disfrutaba con ellas y siempre se las leía en voz alta a su mamá.

El chico quería mucho a su papá, y deseaba con todas sus fuerzas que éste regresase, por lo que en ese año, en los días previos a navidad, le escribía al Niño Jesús para pedirle que su papá volviera, y tenía la

esperanza de que lo hiciera, después de todo él siempre le traía lo que le pedía: un block de dibujo, unos lápices y crayones, unos pinceles, unos botes de pintura, unos cochecitos de juguete y una bicicleta ¿cómo no iba a traer a su papá? Si podía llevar tantas cosas podría traer a su papá de vuelta.

Pero ese año su papá no regresó a casa, más bien, por el contrario, dejó de enviar cartas, aquello preocupó mucho a su mamá, y a él le entristeció mucho, paso el resto del año esperando que papá enviara alguna carta, las cuáles nunca llegaron. Ese mismo año él dirigió otra carta al Niño Jesús, pidiendo que su padre volviera, y preguntándole porqué no había regresado aún. Pero papá no regresó ese año.

Ahora el chico tenía nueve, ese año papá seguía sin enviar cartas, muchos niños, por crueldad, le decían que no le enviaba cartas porque no lo quería, que los había abandonado y que estaba ahora de farra en el país vecino, esas cosas lo enfadaban y entristecían, varias veces se fue de la escuela hacia su casa antes de que terminaran las clases y se iba a su cuarto a llorar, ya que para un niño la idea de que su padre no lo quiere es devastadora.

Pero él se puso a pensar en ello ¿y si era verdad? Después de todo ¿porqué no volvió a escribir? ¿Qué era lo que hacía en el país vecino? ¿Cómo era que vivía allá? Él merecía saberlo, pero su papá desde hace dos años no le decía nada ¿acaso habían dejado de importarles?

-Hola, Miguel – chilló una voz encima de él.

El chico, que se llamaba Miguel, alzó la vista y vio, colgado de una viga del techo boca abajo, a su amigo.

-Hola, Edgar – le saludó sonriéndole - ¿llevas ahí mucho tiempo?

Edgar era un murciélago ¡Sí, eso mismo! Un murciélago. Los dos se conocieron de una manera bastante curiosa, fue unos días después de que el papá de Miguel se fuera, él se encontraba en su cuarto dibujando, trabajaba bajo la luz de su lámpara de noche, un viejo regalo de su abuela. De repente escuchó un aleteo en el techo, lo que le obligó a alzar la vista, entonces, sin que el lograra percatarse de lo que estaba arriba, algo rozó su mejilla y pasó sobre su hombro.

Él se levantó y fue hasta el cuarto contiguo, el cuarto que, se suponía, compartían su papá y su mamá, a buscar una linterna y ver que era lo que se había metido en su cuarto, pero mientras andaba por el pasillo sintió como si algo se afincase en el hombro de su camisa.

En ese momento lo vio, tenía la cara, las orejas y el morro como un ratón, pero era marrón y tenía el pelo muy corto, cuando Miguel se fijó mejor

pudo notar en la espalda del animal las protuberancias de las que surgían sus alas membranosas de piel, definitivamente era un murciélago.

Al principio se estremeció, hasta que se dio cuenta de que era muy pequeño, claramente era un cachorro, por lo que cualquier miedo que hubiese podido sentir se convirtió en lástima. Con mucho cuidado lo tomó con su mano y lo sacó de su hombro, luego lo alzó frente a él y lo observó mejor.

-Hola, amiguito ¿estás perdido? – le preguntó, el animal se giró hacia él cuando Miguel le habló.

El animal no veía a Miguel, éste había leído un libro de texto de su escuela en el que decía que los murciélagos eran ciegos, debido a que vivían en cuevas y eran de hábitos nocturnos, sin embargo tenían muy buen oído, ya que era con él que se guiaban por sus cuevas sin perderse, por lo que no le pareció raro que el animal voltease hacia él.

El chico sonrió y miró en derredor, sólo para ver si había alguien cerca, pero recordó que mamá estaba fuera de casa y que nadie había venido a visitarlo, igual su mamá cerraba las puertas de salida con llave y el pueblo solía ser muy tranquilo, por lo que no había mucha preocupación en dejarle sólo en casa.

El murciélago era un cachorro, claro era, de seguro se había salido de su guarida, su mamá sospechaba que había una guarida de murciélagos en algún rincón de la casa, y trató de volar, pero al ser inexperto había ido a parar a su habitación...bueno, más bien a su hombro, donde se terminó afincando. Miguel no sabía donde era que estaba la guarida del murciélago, pero sabía que debía ponerlo en algún sitio, ya que si lo dejaba por ahí Mifuz, el gato de la casa, se lo iba a zampar sin siquiera dudar.

Fue cuando recordó que había un agujero en la pared de su cuarto, donde antes había un nido de ratones, hasta que llegó un exterminador llamado por su madre a sacarlos por la fuerza de allí a base de humo de tóxico. Él sabía que ese era un buen sitio para el cachorro de murciélago, ya que era lo bastante espacioso para que pudiera ponerse cómodo y estaba lo bastante elevado como para que pudiese emprender el vuelo, un profesor le había explicado que a los murciélagos les era imposible emprender el vuelo desde el suelo, tenían que saltar desde un sitio elevado para hacerlo.

Así que Miguel depositó al murciélago en el refugio y usó uno de sus dibujos, que el mismo enmarcó, para tapar el agujero, con algo de suerte no sabrían que había un murciélago ahí.

Desde ese día Miguel visitaba cada tanto la guarida del murciélago, al que había empezado a llamar Edgar, también lo dejaba salir de su guarida. Al principio el animal aleteaba erráticamente, se daba de bruces contra dos paredes de la habitación y después volvía a su guarida, más después de varios vuelos erráticos pudo por fin adaptarse a su habitación y volar dentro de la casa ¡eso sí! Nada de pasar por las partes iluminadas, mientras podía evitaba pasar por ellas.

La primera vez que Edgar habló tomó por sorpresa a Miguel aún más que cuando el murciélago apareció en su habitación. Fue luego de que cumplió los siete años, en un día en el que Miguel regresó a casa desde la escuela, luego de almorzar se metió en su habitación como siempre, de repente escuchó que alguien desde dentro le saludaba.

-Hola – decía con una voz chillona.

Él se sintió sorprendido, ya que casi nadie entraba a su cuarto, y por lo general eran solo su mamá, la mujer de limpieza o él, incluso cuando recibía a sus amigos de la escuela (los cuáles eran pocos) los recibía fuera de su cuarto, ya que no le gustaba que alguien de fuera entrara allí, mucho menos desde que escondió allí a Edgar.

Giró sobre los talones y registró la habitación con la vista, no vio a nadie dentro. Pensó por un momento que habían sido imaginaciones suyas, así que se quitó el blazer y lo colgó en una percha...

-Hola – volvió a decir la voz.

¿Otra vez? La misma voz le estaba hablando ¡pero si no había nadie en la habitación! Miguel se dio la vuelta y volvió a registrar la habitación, incluso se asomó por la puerta de entrada de su habitación, ya que pensó que alguien podría estar por fuera bromeando, pero no había nadie ni en el pasillo y ni en la casa, igual la voz sonaba desde dentro de la habitación, no desde fuera.

Cerró la puerta y aguzó el oído a ver si la voz volvía a hablarle...

-Hola – volvió a decir aquella voz chillona, esta vez más insistente - ¿acaso no me escuchas? Te estoy hablando a ti.

Miguel se dio la vuelta y echó una ojeada por la habitación, pero no veía a absolutamente nadie que estuviese dentro.

-¿Quién es quien me habla? – Preguntó Miguel confundido - ¿dónde es que estás?

-¡Estoy aquí, hombre! – respondió la vocecita.

Miguel giró dos veces sobre sus talones, pero no vio a nadie por ahí, cada vez estaba más y más confundido.

-¿En donde? – preguntó Miguel exasperado.

-Mira hacia el techo – le respondió remarcando cada palabra.

Miguel levantó la vista hacia el techo, allí estaba Edgar, más grande que cuando lo habían encontrado, colgando boca debajo de una de las vigas del techo, tenía las alas cubriendo su cuerpo cual si fueran un manto oscuro, sus ojos ciegos observaban hacia donde se encontraba Miguel. Aunque le era difícil saberlo para el chico, juraría que el murciélago le estaba sonriendo.

-Hola, amigo – le dijo Edgar con la misma voz chillona con la que recibió a Miguel.

Éste último dio un respingo que hizo que pegara la espalda con la pared que tenía detrás, miraba boquiabierto al murciélago el cual le había hablado ¿cómo era posible? Los murciélagos no hablaban. Era imposible.

-¿Me acabas de saludar? – preguntó él incrédulo.

-Tres veces...que diga, cuatro – dijo corrigiéndose el murciélago, asintiendo y luego meneando la cabeza.

-Pero ¿Cómo es posible? – preguntó de nuevo Miguel aún sin creérselo.

-No lo sé – respondió el murciélago alzándose...no mejor digo encogiéndose de hombros – empecé a hacerlo esta mañana, no sé porqué. Pero ¿me vas a decir que no es genial?

Miguel meneó la cabeza, aún no podía creerse lo que estaba ocurriendo, pero tal y como veía las cosas, no hacía falta ser un científico como para saber que lo que estaba ocurriendo no era en lo absoluto algo natural.

-No es genial – respondió –es una locura ¿qué pensará mamá si me agarra hablando con un murciélago? ¡Se va a infartar!

-¡Por favor! casi nadie entra aquí – le respondió Edgar despreocupado –y si alguien entra, al menos que seas tú, me quedaré bien calladito y sin hacer ruido, no es que me guste la idea de que me encuentren, ya escuché lo que les pasó a los ratones en mi guarida... ¡uf! – Exclamó con un estremecimiento – aún de pensarlo me dan escalofríos.

-¿Y que tal si mamá se pone a escuchar tras la puerta? – Le preguntó – porque no creo que se vaya a creer que es que yo hablo solo.

-Si ella se pusiera detrás de la puerta, la escucharía sin dudas – respondió Edgar - ¿acaso olvidas que tengo buen oído?

Miguel no repicó nada, aunque estuvo cerca de hacerlo ¿cómo iba a contradecirle si decía la verdad?

Aún así no estaba del todo de acuerdo con la idea de que ese animal hablase y nadie se iría a dar cuenta. Pero ¿qué podía hacer? No tenía la opción de sacarlo de casa, ya que estaban en pleno otoño, con el invierno ya a punto de venir, y por tanto se iba a congelar allá afuera, ya que el único refugio que tenía Edgar estaba en su casa.

¿Acaso tenía que compartir su habitación con un murciélago parlante? Parecía una locura, pero al parecer no tenía otra opción, aparte de dejarlo morir de frío afuera.

Suspiró lentamente y apartó la mirada un par de segundos del murciélago, luego volvió a mirarle y le dijo:

-Bien, tú ganas. Pero como mamá, o alguien más, entre, te pille hablando y se infarta, te saco de la casa así estemos en otoño o invierno ¿está claro?

-Trato hecho...este – empezó a titubear Edgar – disculpa... ¿cómo era tu nombre?

-Miguel – le dijo el chico.

-Oh, si...Miguel – le dijo el murciélago asintiendo – entonces trato hecho.

Y así, a regañadientes, Miguel tuvo que aceptar la compañía de aquel personaje tan peculiar, el cual siempre que lo veía buscaba sacarle alguna conversación. Al principio el chico era reticente a conversar con Edgar, y le daba respuestas cortas, pero a medida que fueron conociéndose mejor y comprendiéndose entre sí, empezó a mantener conversación con su curioso compañero.

La naciente amistad entre Miguel y Edgar se intensificó tras aquella navidad, en la que el padre de Miguel no regresó a casa, a pesar de que se los había pedido al Niño Jesús con más vehemencia que el año anterior, ése 24 de diciembre Edgar vio entrar a Miguel en su habitación y acostarse en su cama a llorar, con la cara estrechada contra una almohada...gritaba porque su padre regresara a casa, y se preguntaba

porqué no regresaba.

Descendió de la viga de la que colgaba y cayó en la cama, luego se arrastró hasta quedar junto al rostro del chico, cuyos ojos y sus mejillas estaban enrojecidas por las lágrimas y le dolía la garganta después de torturarla a base de gritos.

Apartó la cara de la almohada y vio que junto a él estaba Edgar, tirado junto a la almohada, arrastrándose con sus patas hacia él, mirando con los ojos tristes y comprensivos. Miguel lo tomó entre sus manos y se levantó de la cama.

-¿Qué pasó amigo? – Respondió con la voz débil a causa del ardor en la garganta, tampoco es que quisiese hablar – ¿te caíste de la viga?

El murciélago sólo bajó la vista, Miguel creyó que el animal sentía pena de decirlo.

-Tranquilo, no pasa nada – le dijo tratando de sonreír – ahora mismo te pongo en tu lugar.

-¿Qué es lo que ocurre con tu papá? – Preguntó Edgar inocentemente.

Miguel se detuvo en seco, y esta vez fue él quien bajó la vista apenado, ya que sabía que su amigo lo había escuchado, era imposible que no lo hiciera después de haber lanzado tantos gritos y sollozos tan sonoros.

-Siento que hayas tenido que escuchar todo eso – le dijo Miguel, pero Edgar se mostró contrariado.

-No hay nada de malo en soltar las lágrimas – le dijo Edgar – pero igual quiero saber qué es lo que ocurre con tu papá.

El chico titubeó antes de contestar, pero decidió que Edgar merecía saberlo, así que le contó desde el principio cómo su padre se había ido y como llevaba dos largos años sin volver a casa, trató de ser tan explícito y al mismo lo bastante breve, para que Edgar le entendiese bien y para no darle demasiadas vueltas.

Una vez terminó los dos quedaron en silencio por un rato, hasta que Edgar rompió el silencio preguntando:

-¿Crees que el Niño Jesús traerá de vuelta a tu papá?

-Debería de hacerlo – respondió Miguel con la voz quebrada –y quiero que regrese, ya lleva dos años que no sé nada de él ¿porqué ni siquiera escribe? ¿Porqué no puede decirnos porqué aún no regresa? ¿Por qué no

puede Jesús traer a mi papá de vuelta? ¿iPorqué!?

-Amigo...me asfixias – le advirtió Edgar mientras se retorció en la mano de Miguel.

Y de hecho si se estaba asfixiando, Miguel distraído había estado apretando la mano en la que sostenía a Edgar en un puño, lastimando al pobre murciélago. Pero tan pronto se dio cuenta de lo que hacía, el chico aflojó la mano.

-Lo siento – se disculpó preocupado al ver cómo jadeaba su amigo.

-No pasa nada – le respondió Edgar – así que, quieres que tu padre regrese ¿no?

-Si – le respondió Miguel.

Edgar trepó con sus patas hacia la manga de la camisa de Miguel, subió por su brazo y llegó hasta su hombro, acercó el morro a su oreja y le dijo muy amablemente:

-No te preocupes, estoy seguro de que tarde o temprano volverá, y mientras tanto aquí me tendrás. Hasta que tu padre regrese, estaré contigo ¿te parece?

Miguel asintió sonriendo y volvió a tomar al murciélago y lo acarició un poco antes de regresarlo a su guarida.

Desde entonces los dos se convirtieron en mejores amigos, ya hablaban y bromeaban entre sí, y a veces les gustaba gastar bromas a quien quisiera entrar a su cuarto sin permiso, engañándolos al hacerle creer que si entraba le caería una bandada de murciélagos en el rostro, y si acaso se atrevía a dar un solo paso dentro entonces salía Edgar y caía justo en su cara, lo cual era la mejor forma de expulsar al intruso.

Los dos se habían vuelto muy cercanos, bastante. Para Miguel, Edgar era como ese hermano que no había podido tener, porque hace falta saber que Miguel no tenía hermanos, sólo unos primos fastidiosos que, por suerte, no aparecían sino una vez al año, y era durante Semana Santa, por lo que no era de sorprender que le pillase tanto cariño a su extraño amigo.

Sin embargo la ausencia de su padre aún le pesaba demasiado, y Edgar lo sabía, lo veía en el rostro que cargaba Miguel todos los días, era obvio que lo único que el chico quería era que su papá regresara a casa, había esperado durante todo el año que aquello ocurriera.

Y ahora estaba en Víspera de Navidad, aún esperando la llegada de su papá, y con su amigo hablando con él como de costumbre.

-Para ser Víspera de Navidad pareces muy amargado – le dijo Edgar tras un rato conversando - ¿en qué piensas?

Miguel soltó un suspiro antes de responder.

-En lo que dicen los chicos de la cuadra.

Edgar puso los ojos en blanco, no era la primera vez que le comentaba sobre lo que decían los chicos de la cuadra.

-¡Vamos! ¿Es en serio? – Exclamó con fastidio – ya te lo he dicho, Miguel: esos bobos no saben más de tu padre de lo que sabes tú, no deberían de prestarles atención.

-Eso dices – replicó Miguel – pero ¿y qué tal si lo que dicen es cierto? ¿Qué tal si ya no le importo a papá y por eso no regresa?

-¿Acaso olvidas porqué se fue? –Le preguntó de vuelta el murciélago – fue porque quería encontrar una mejor vida para ti y tu mamá ¿cómo no ibas a importarle?

-¿Y que tal si no fue sólo una excusa para irse? ¿Eh? Ya la abuela murmura sobre ello ¿acaso crees que mi abuela es boba también?

-No creo sinceramente que esté más acertada que los chicos de la cuadra – respondió de manera categórica Edgar – tal y como lo veo, a tu abuela no le cae bien tu papá, y no me sorprendería que dijera esas cosas para enfadar a tu mamá...

-¡Tú no sabes nada! – Le interrumpió Miguel irritado – mi papá no regresa y ni siquiera sé si lo hará algún día, yo solo quiero saber si es que le importo o no y estoy sinceramente harto de que todo el mundo sólo me diga lo que quiero escuchar y no sepa la verdad, cómo hace mi mamá, como hace la mujer de limpieza y cómo estás haciendo tú ¿iqué demonios puedes saber de lo que ocurre conmigo!? ¡Sólo eres un murciélago estúpido! – concluyó señalándole con el dedo, pero en ese momento se detuvo, se dio cuenta de lo que había dicho.

-Así que para ti soy un murciélago estúpido ¿eh? – le dijo Edgar fríamente, su rostro reflejaba su enojo – pues voy a decirte algo: gracias por no cerrar la puerta.

Y tras eso batió las alas y salió volando a través de la puerta, que de hecho si estaba abierta, de la habitación de Miguel. Escuchó un par de veces la voz del chico que le llamaba y trataba de pedirle disculpas, que

trataba de decirle que estaba nevando fuera. Pero Edgar hacía oídos sordos, ya el daño estaba hecho.

El murciélago voló más allá de la casa de Miguel, pasando entre las casas que en verano tenían los techos rojos por las tejas de cerámica, pero que, como ahora, en invierno eran blancos, a causa de la nieve, el animal volaba sin rumbo, aún molesto por el arrebato del chico hacia él, había tratado de ayudarlo, de reconfortarlo ¿y todo para qué? ¿Para que viniera y le dijera en su cara "murciélago estúpido"? ¿Quién se creía para hablarle así?

Pero a medida en que el sol empezaba a ocultarse en el horizonte, Edgar empezó a pensar mejor las cosas, el chico estaba triste y confundido, la tristeza y la incertidumbre son capaces de hacer nacer arranques injustificados y a tratar a tus amigos como desconocidos, muchas veces como enemigos. Y eso era lo que ocurría con Miguel, no había podido ver a su padre desde hace mucho tiempo y solo quería que volviese a aparecer algún día, ya no culpaba al Niño Jesús por la ausencia de su papá, ahora solo culpaba únicamente a su papá, ya estaba empezando a creer que no lo quería. No era entonces de sorprender que la descargara con él.

Quiso volver por donde se había ido, quería regresar con su amigo y decirle que le perdonaba por haberlo tratado de esa forma, que entendía como se sentía, ya que después de todo él tampoco sabía donde estaban sus padres o a donde se pudieron haber ido.

Pero Edgar no escuchaba nunca la radio, de lo contrario sabría el peligro en el que se encontraba no solo él, sino también cualquier desgraciado que anduviese a la intemperie en vez de bajo un cálido techo. Se había anunciado en el servicio meteorológico que iba a haber una ventisca en el pueblo, la cual no iba a parar hasta más o menos la mañana siguiente, y de hecho no era seguro que se detuviera.

Así que cuando el murciélago estuvo en mitad de camino lo pilló la nevada, el frío y la nieve que caía desde el cielo le entorpecían el vuelo y amenazaban con tirarlo de bruces contra el suelo, por más que intentó mantenerse en el aire, cada vez el frío le calaba cada vez más en la piel y los huesos.

Decidió que no podría volver con Miguel, lo mejor que podía hacer ahora era buscar refugio en algún lado, registró con la vista algún sitio en el que pudiese entrar. En ese momento vio una ventana que se encontraba entreabierta, pero había suficiente espacio como para que él pudiese entrar, era la ventana de una vieja casa abandonada.

Sin dudarle ni un segundo, el murciélago, haciendo acopio de sus fuerzas, entró por la ventana hasta el interior de la casa. Dentro estaba llena de

hombres harapientos, de miradas cansadas y suplicantes que se reunían alrededor de una pequeña fogata improvisada, indiferentes de la entrada del animal, ya que para ellos los murciélagos, las arañas y los buitres eran ya compañeros habituales. Eran los vagabundos del pueblo y de los pueblos vecinos, sin hogar, trabajo y que con suerte conseguían algo de comer.

El animal hizo un último esfuerzo hasta que finalmente se colgó de un tubo cerca del fuego, el tubo estaba frío, pero al menos el calor de la fogata ayudaba a calmar a Edgar. Empezó a fijarse mejor en los hombres alrededor de la fogata pensando en porqué la gente del pueblo no hacía nada por ellos, porqué si, después de todo, ellos parecían estar claramente necesitados de cobijo. Simplemente no lo entendía.

En ese momento apareció tras de ellos un hombre sosteniendo unos cuencos de madera en las manos, se acercó al triste grupo que se reunía alrededor de la fogata y éstos se giraron a ver a su visitante.

Parecía mucho más joven que los allí reunidos, tenía la piel bronceada cubierta de una espesa barba, castaña al igual que sus cabellos, los cuales les llegaban hasta la espalda, tenía los ojos oscuros y comprensivos, vestía con las mismas ropas que llevaban los vagabundos, pero en su rostro había algo que lo difería de los demás: sonreía.

Su sonrisa era benevolente, tranquila, serena y amable; todo aquel conjunto demostraba una completa comprensión y un apego muy grande hacia aquel grupo que se reunía alrededor del fuego, a pesar de que los demás lo observaban con la expresión de estar ante un desconocido.

El hombre empezó a entregar los cuencos a cada uno de los congregados, los hombres le observaban confundidos, no sabían lo que este hombre estaba haciendo, una vez que repartió los platos, el hombre se alejó y después volvió, trayendo una olla enorme, sujetando las dos asas con las dos manos.

Edgar percibió el olor que emanaba de la olla, era un olor delicioso que ya daba agua a la boca, y al parecer los demás también percibieron el olor, ya que no despegaban la vista de la olla. El joven empezó a servir a los hombres allí reunidos, con un cucharón que llevaba consigo, el contenido de la olla, que no era otro sino una deliciosa sopa de pollo y verduras, las cuales los hombres aceptaban agradecidos y sonriendo por primera vez, desde que Edgar entró a aquella casa.

Una vez que terminó de servir a los hombres, se sentó junto a ellos y empezó a hablarles hasta que terminaron de comer, varias veces pidieron repetir y el joven, de buena gana, volvía a servirles el caldo. Y así siguió haciendo hasta que finalmente la olla se vació y los hombres quedaron

más que satisfechos.

El joven tomó la olla por las asas y empezó a alejarse por donde había venido, pero antes de que se fuera, giró sobre sus talones y les dijo a los vagabundos.

-Que Dios los bendiga, mis humildes amigos.

Y entonces se dio la vuelta y se fue mientras los vagabundos, felices se despedían de él:

Edgar se preguntó quién era ese hombre que había aparecido y les había dado de comer a todos esos hombres, o porqué los ayudaba aún sabiendo que ellos ni le conocían ni eran capaces de pagarle.

Se fijó en los cuencos de madera, estaban hechos de madera y estaban hermosamente talladas con motivos preciosos, los cuales reflejaban peces u ovejas, habían sido tallados con cariño, y ese cariño había quedado plasmado en aquellas piezas de madera.

Cómo ya no sentía frío, y ya había descansado lo suficiente, Edgar batió las alas y voló hacia donde se había ido el hombre misterioso. El trayecto le resultó bastante largo, había pasado algo de tiempo y nada que aparecía el extraño ¡qué extraño! Juraría que no se había ido muy lejos.

Finalmente encontró al hombre misterioso sentado sobre la olla del caldo, junto a una parrilla de cocinar, tallando con un cuchillo uno de los cuencos de madera, parecía totalmente concentrado en su tarea y no pareció darse cuenta de quien estaba volando sobre su cabeza.

El murciélago voló hasta colgarse de la parrilla y observó con atención al hombre con el cuenco, aunque Miguel le había prohibido hablar con alguien que no fuera él – y con motivos – el no veía peligro alguno en aquel hombre, parecía ser total y completamente amable, su expresión lo decía claramente, no iba a hacerle ningún daño por hablarle.

-Hola, señor – le saludó Edgar un poco nervioso.

El hombre levantó la vista del cuenco, claramente confundido, y se giró hacia su izquierda, donde colgaba de la parrilla el pequeño murciélago, cuyos ojos ciegos le miraban sin verle.

-¿Me acabas de hablar? –preguntó. Edgar carraspeó antes de responder.

-Si, así es.

-¡Vaya! ¡Qué curioso! – Comentó el hombre sonriendo – creía que sólo los

hombres tenían el don de hablar.

-Yo también lo hubiese creído – le respondió el murciélago – pero aquí me tienes.

El extraño rió complacido y divertido por lo que veía.

-Conozco a un amigo que suele hablar con los animales – le dijo – la próxima vez que lo vea le contaré sobre esto.

El hombre puso el cuenco a un lado y se acomodó en su aparentemente incómodo asiento, concentrándose en el animalito.

-Y bien ¿qué es lo que buscas aquí, amiguito? – preguntó.

-Quería saber porqué ayudaste a esos hombres que están más allá.

El hombre observó hacia donde señalaba el murciélago, luego volvió su vista al animal.

-Por que estaban necesitados – le respondió – llevaban por lo menos dos días mendigando en la calle monedas, o algún mendrugo de pan, para comer. Merecían tener algo que comer y con lo que calentarse, ya que la tormenta vaticina que va a haber mucho frío, también voy a buscarles algunas mantas, para que puedan dormir cómodos.

-¿Siempre ayuda a los necesitados? He visto que mucha de la gente del pueblo ni se ha molestado en hacerlo.

El hombre suspiró y sonrió, aunque su mirada reflejaba cierta tristeza.

-Si, tengo la vieja costumbre de ayudarles – le contestó – y si, mucha gente en este pueblo aparta la vista al ver un mendigo, si acaso alguno se fija en alguno de ellos, y con suerte se acercan con una moneda o con un mendrugo de pan, tendría aún más suerte si les diesen algo más.

“Dedico buena parte de mi tiempo a brindarles una ayuda a aquellos que se encuentran desvalidos e infelices, no solo para los mendigos, aunque esos son los que están más que todo desvalidos y necesitados de alguna atención, sino también para los que están solos, los que pierden la esperanza o los que pierden la felicidad, los cuáles son tan importantes para el ser humano como la comida, el agua y el aire.”

“Sobre todo lo digo por los niños, ya que es algo espantoso ver a un niño infeliz, la niñez es aquella época en la que un ser humano empieza a preguntarse si puede tomar el cielo con las manos, se imagina a sí mismo que puede hacerlo y ríe extasiado ante la idea. Sin embargo, y tristemente, he visto a muchos niños cuyos rostros ya no sonríen, he visto

mucha tristeza en los bellos rostros de la niñez, a muchos se les olvida cómo hacerlo, otros simplemente nunca lo han hecho. Eso es lo más terrible del asunto, ya que esos niños con el tiempo se quedan solos, pierden la esperanza y la felicidad se les esfuma”.

La sonrisa del hombre se iba desvaneciendo a medida de que éste hablaba, una lágrima empezó a bajarle por la mejilla y cayó del mentón hacia el suelo. El hombre se secó mientras Edgar seguía observándole.

-Entiendo perfectamente cómo se siente – le confesó – yo he conocido también a un niño triste.

El hombre apartó la mirada del murciélago y se puso a mirar al vacío por un momento, antes de contestarle.

-Si – dijo – sé quién es ese niño.

-¿Lo conoce? – le preguntó Edgar sorprendido.

El hombre apoyó sus codos en las rodillas y suspiró.

-Su padre está en una mala situación – dijo – no ha conseguido trabajo en el país vecino, mas bien, por el contrario, lo han tratado peor que a un animal, apenas puede reunir algo para quedarse en un hotel de mala muerte, pero está atrasado, y está a punto de que le corran de allí, de seguro va a terminar viviendo en la calle.

Edgar se alarmó por lo que había dicho aquel hombre ¿cómo era que lo sabía? ¡Daba igual! La idea de que le estuviesen haciendo eso al papá de su amigo era completamente espantosa, ningún ser humano podría merecer algo así sin haber hecho nada malo.

-No se ha olvidado en ningún momento de su familia – continuó el hombre – mucho menos de su hijo, más bien estuvo pensando en ellos todo el tiempo, ese recuerdo le ayudó a soportar humillaciones, dolores y sufrimientos, ya que recuerda que hay gente que espera que regrese a casa, y él de hecho está deseando regresar, aunque no sabe cómo hacerlo.

-¿No hay alguna manera de que regrese? – preguntó Edgar esperanzado.

El hombre pareció pensar su respuesta un momento, luego chasqueó los dedos y se incorporó en su asiento.

-Hay una forma de que regrese – contestó – y conozco a alguien que puede encargarse de que eso ocurra, pero para eso hay que ir con alguien que conozco, es...digamos que es un viejo amigo. Es la única manera de

hacer que el padre de ese niño regrese.

-Entonces ¿por qué no vas con aquel amigo tuyo? – preguntó Edgar con cierta insistencia.

-El problema es que la tormenta me tiene anclado – le respondió el hombre – no es porque le tenga miedo, sino porque ahora mucha gente me requiere en muchas partes y ahora no puedo encargarme de ello, estaré atado de trabajo hasta que la tormenta amaine, y eso no será hasta mañana.

-Mi amigo lleva dos años sin ver a su papá – le reprendió el murciélago – ha estado pidiendo que regrese todo este tiempo, no quiero que éste sea otro año en el que no lo pueda ver.

-Lo siento, he hecho lo que he podido hasta el momento – le dijo el hombre sin perder la calma –y me gustaría hacer más, pero no me es posible, nunca es fácil cuando eres el único que se preocupa por lo que le ocurre a los demás.

Edgar permaneció en silencio por un rato, no es que pudiera culpar a aquel hombre de no hacer algo, si podía hacer algo por los demás, pero como él había dicho, preocuparse por los demás era algo agotador, y no es seguro que logres ayudarlos a todos.

Pero aquel hombre no era el único que se preocupaba por su amigo, Edgar ya no soportaba la idea de ver a su amigo llorando y sufriendo por la ausencia de su padre, ya no podía soportar saber que el chico estaba cada vez más triste y solo él podía brindarle algún consejo como amigo, ya había esperado y llorado por mucho tiempo. Su padre iba a volver ese año a casa.

-Déjame ir con ese amigo tuyo – pidió Edgar decidido.

El hombre lo volvió a observar, su mirada mostraba preocupación y sorpresa.

-No te lo aconsejo, amiguito – le advirtió – afuera la tormenta es muy fuerte y te podrías congelar.

-Si voy rápido quizás llegue con él antes de congelarme – le contestó Edgar sin verse acobardado.

-No es probable que llegues – volvió a advertirle el hombre – además que probablemente tampoco vayan a cumplir tu deseo...o mejor dicho el de tu amigo, ahora mismo mucha gente hacen peticiones para que cumplan

deseos de esa clase.

-No me importa – le dijo categórico el murciélago – si me dicen que no lo harán, entonces les insistiré lo más que pueda, les morderé las orejas hasta que sangren si con eso me van a escuchar.

El hombre permaneció un rato en silencio, antes de empezar a reírse como si el animalito le hubiese contado un chiste.

-Veo que eres insistente – le dijo antes de parar de reír – aunque espero que no llegues extremo de morder orejas.

Se levantó de su asiento y empezó a caminar dirección opuesta, donde sólo había oscuridad, le hizo una seña a Edgar para que lo acompañara, éste batió las alas y empezó a volar cerca del hombre.

Allí la oscuridad era cegadora, no era posible ver nada de nada, pero Edgar igual no era capaz de ver nada, pero podía sentir el calor del hombre al que seguía y por eso lograba seguirlo, además que podía saber si había un obstáculo enfrente gracias a su buen oído, sólo bastaba con hacer unos ruidos con la boca y ver si éstos revotaban, y si revotaban, en dónde. Ecolocación, así le dijo Miguel que se llamaba su método de orientación.

Finalmente el hombre llegó hasta una puerta con una rendija abierta, en la cual se filtraba la nieve y se acumulaba al pie de la misma, de la rendija salía una luz blanca débil y pálida.

El hombre tomó una pala que estaba al lado de la puerta y apartó la nieve acumulada a los pies de ésta. Edgar volaba cerca de él.

Una vez que despejó de nieve a la puerta, el hombre se acercó a la manija que servía para abrirla. Edgar se acercó volando hacia él.

-Bien, esto es lo que debes hacer – le dijo el hombre al animalito –deberás de adentrarte en la tormenta y buscar allí un sitio iluminado por la luz, al pie de ésta luz te esperará un hombre vestido de pescador, de hecho, si te acercas lo suficiente, sentirás un olor a sardina. Dile lo que desees, dile que vienes de parte mía y puede que la comunique para que se cumpla.

El murciélago asintió, estaba listo para que el hombre abriera la puerta.

-¿Estás seguro de que quieres hacer esto? – Le preguntó el hombre con cautela.

-Entiendo su preocupación – le dijo Edgar – y se que no quiere que me pase nada malo, pero hago esto por un amigo, y un amigo verdadero

debe de abandonar sus miedos a favor de su amistad.

El hombre sonrió.

-Cualquier niño sería muy afortunado si te tuviese como amigo.

Volvió a observar al murciélago y le preguntó:

-Solo por curiosidad ¿sabes acaso quién soy?

-Me hago una idea – le respondió Edgar con su voz chillona – aunque hay gente que te imagina con otro aspecto.

-Es cierto – contestó el hombre – pero mejor así, lo que importa no es quién soy, sino a qué he venido a la Tierra. Buena suerte.

El hombre abrió la puerta, la cual le empujó hacia atrás y le obligó a apoyarse en sus pies con mucha fuerza, empezó a presionar la puerta con todas sus fuerzas hasta que por fin la pudo cerrar, para cuando lo hizo Edgar se había adentrado en la tormenta.

El murciélago luchó por mantenerse en vuelo a medida que avanzaba a través de la tormenta, el pequeño animal tenía las alas cansadas por el esfuerzo, sin embargo no se detuvo en ningún momento, tenía que encontrar al hombre que parecía un pescador y pedirle que cumpliera su deseo.

Pero recordó ¿de parte de quién venía? ¡Oh, genial! Ni siquiera se le ocurrió preguntar su nombre, intentó recordar lo que decían antes de aquel señor, pero sólo le ponían calificativos exagerados y aparentemente inexactos, pero apenas mencionaban su nombre real, y parecía que tenía la mala suerte de que cuando lo decían, él nunca podía escucharlo.

Igual ya no podía hacer nada, ya llevaba un buen trayecto y el frío le estaba afectando, ya no podía volver, sólo podía continuar volando.

En ese momento sintió como si el cielo se abriera sobre él, si hubiese podido ver se habría dado cuenta de que estaba siendo rodeado por una luz tenue y pálida que abría un claro espacioso, en donde la tormenta no la afectaba, y como si de una barrera invisible se tratara, pasaba rugiendo alrededor sin siquiera acercarse, creando remolinos de aire.

En medio del claro apareció un hombre vestido con botas impermeables, unos viejos pantalones descoloridos, una camisa blanca de rayas verticales y horizontales de color azul y un viejo sombrero de pescador hecho de paja, cuando Edgar se acercó sintió un fuerte olor a sardina que

emanaba de aquel señor.

-¿Es usted el señor que parece pescador y que huele a sardina? – preguntó Edgar una vez que se aproximó al señor.

El señor sonrió y empezó a reírse a carcajadas, como si le hubiesen contado un chiste buenísimo, ante la expresión confusa de Edgar.

-Amiguito, no es que parezca pescador: soy pescador – le contestó el señor – y si siempre huelo así. Pero eso no importa ¿Qué buscas aquí, amigo?

-Vengo de parte de un hombre vestido de vagabundo, me dijo que viniera con usted para comunicarle un deseo.

-¿Un hombre vestido de vagabundo? – Preguntó el pescador – me suena conocido ¿cómo es?

El murciélago le describió rápidamente lo que podía decir del hombre, cómo le dio comida a unos necesitados y como tallaba cuencos de madera con sus manos.

El pescador volvió a sonreír.

-Vaya, que curioso –comentó – no sabía que el Maestro se buscara unos mensajeros tan pintorescos ¿y bien amigo, cuál es tu deseo?

Le explicó lo más claro que pudo lo que ocurría con Miguel, cómo éstos dos se habían conocido, cómo se habían peleado y porqué, le mencionó la ausencia del padre de Miguel y concluyó pidiéndole que hicieran que el padre de Miguel regresara, preferiblemente esa Navidad.

El semblante del pescador se volvió comprensivo y triste, y asintió cuando Edgar concluyó su relato.

-Si, he recibido esa misma petición – le explicó el pescador – dos veces en los dos últimos años, las dos me las comunicó el Maestro, el que tú dices que parece vagabundo, hasta ahora hemos hecho todo lo posible para que el padre de ese niño regrese, pero por lo visto aún no regresa. No te preocupes, vamos a tomar en cuenta tu petición.

-Entonces ¿vas a hacer que regrese el papá de mi amigo?

-Yo no, pero mandaré a que se lo digan a alguien que sí puede.

El pescador juntó las palmas, cerró los ojos y murmuró algo que pareció

un rezo, luego de un rato se detuvo y giró sobre sus talones.

Tras de él estaba un joven alto de largo cabello rubio, de rostro precioso y de mirada solemne, no parecía tener más de veinte años, aunque su ojos parecían mil veces más viejos, vestía con una especie de uniforme blanco con adornos y detalles rojos y de su cuello colgaba un crucifijo.

-Joven, esta criatura del Señor quiere hacer una petición que vas a comunicar – le dijo el pescador al joven uniformado.

-Le escucho – le dijo éste último asintiendo.

El pescador le dijo toda la historia entera y concluyó diciendo cuál era la petición, el joven lo escuchó atentamente hasta que el pescador concluyó. El joven asintió con la cabeza y miró hacia Edgar, el cual, aunque no lo veía, si podía sentir su presencia.

-No te preocupes – le dijo el joven – el padre del chico regresará antes de que despunte el alba.

A Miguel le costó dormir, se sentía mal por haber tratado tan mal a su amigo, y por dejar que éste se fuera en mitad de la tormenta, ahora no solo se había quedado sin su papá, sino que había perdido a su único amigo verdadero. Imposible no estar triste por ello.

Finalmente logró conciliar el sueño, pero un poco antes de las cuatro de la mañana su madre recibió una llamada desde los muelles del pueblo, la cual hizo que despertara a la abuela y a Miguel de la cama y los hiciera vestirse y abrigarse lo mejor posible.

Una vez que estuvieron todos vestidos fueron a toda prisa hacia los muelles, Miguel no entendía a que venía tanto ajetreo, pero no puso resistencia cuando lo llevaron hacia allá.

La tormenta curiosamente había amainado ¡qué extraño! Juraría todo el mundo que el servicio meteorológico afirmaba que no iba a parar hasta cerca del mediodía. Una vez que llegaron a los muelles vieron un barco atracado en el dique, desde una plataforma bajaban una comitiva de hombres de aspecto cansado y agobiado, pero con sonrisas en los rostros, ya que iban a abrazar a sus familias.

Miguel se fijó en los hombres y de pronto distinguió a uno, estaba cambiado, pero podía ser capaz de reconocer a aquel rostro en mitad de

aquella multitud.

-¡Papá! – exclamó alegremente mientras corría hacia donde éste se encontraba.

El hombre pareció escucharle y dirigió su mirada al niño que se acercaba a toda prisa, los dos se juntaron en un largo y cálido abrazo después de dos años sin verse. Los dos lloraban de la alegría, de la emoción, todo lo que querían ellos dos era volver a encontrarse de nuevo.

Ahora estaban juntos de nuevo...

La vida continuó tras el regreso del papá de Miguel, según éste contó, no había podido obtener trabajo en el país vecino, más bien había sufrido un calvario de desprecios, burlas y humillaciones, que no tenían otra excusa que el hecho de que él era extranjero.

Las pocas cosas que hizo para ganar algún sustento eran humillantes, por decir menos, y la paga que recibía, si es que la recibía, era tan mísera que apenas le permitía una hogaza de pan duro.

Lo único que evitó que perdiese la esperanza era el recuerdo de su familia, recordaba a cada momento que tenía un hogar, una esposa y un hijo que lo estaban esperando con ansias. Había dejado de enviarles cartas porque se sentía avergonzado, no se sentía bien con la idea de seguirle dando malas noticias a su mujer y falsas ideas a su hijo, creía que les estaba haciendo mas mal que bien.

Un día, en el que no encontró un sitio para dormir y estaba lloviendo, fue hasta un antiguo almacén que se encontraba abandonado, él se refugió allí para resguardarse de la lluvia y se acomodó en un rincón. En ese momento empezaron a rugirle las tripas por el hambre, fue en el peor momento, ya que en ese momento no tenía absolutamente nada que comer, se había comido su último mendrugo hacía unas horas.

En ese momento, sin que él se diera cuenta, un extraño se acercó a él y le ofreció un cuenco, dentro del mismo había un caldo caliente de pollo y legumbres, perfecto para una noche fría de lluvia. Cuando él se fijó mejor en el hombre que lo ofrecía, se dio cuenta de que era un hombre con toda la pinta de ser un vagabundo, con una capucha húmeda que le cubría la cabeza, con el pelo largo y marrón, y con la piel color cobre, sus ojos reflejaban una gran compasión.

Él, sin detenerse a pensar, aceptó el cuenco y bebió su contenido agradecido, una vez que lo terminó el vagabundo le ofreció más, sin dudarlo aceptó y dejó que le sirviera otro cuenco desde una olla que tenía al fondo, y así siguió repitiendo hasta que finalmente estuvo satisfecho.

Una vez que su hambre estuvo saciada, el vagabundo se le acercó y le preguntó por su vida, él le contó todas las desgracias que le habían ocurrido, todo lo que había sufrido en el país vecino, le contó sobre las cosas que había dejado en su hogar, a sus amigos, a su antiguo trabajo...pero sobre todo, a su familia.

Tan pronto se acordó de ellos empezó a solloza y después a llorar como un niño, estaba triste y molesto consigo mismo, se arrepentía de lo que había hecho, había abandonado a su familia prácticamente por nada, había buscado oportunidades que en su hogar tenía, se había decepcionado consigo mismo, y estaba seguro que había decepcionado a su familia, a su hijo que de seguro lo esperaba en casa con ansias a que regresara.

El vagabundo lo observó en silencio y lo consoló, una vez que dejó de llorar le preguntó.

-¿Extrañas a tu familia?

-¿Qué clase de pregunta es esa? ¡Claro que extraño a mi familia! ¡A mi familia que ahora me espera en casa con esperanzas, con ansias de que vuelva a casa!

-Tranquilo – le dijo dulcemente el vagabundo, el hombre se disculpó y pidió perdón, el vagabundo le dio unas palmadas en la espalda, aceptándole la disculpa.

-Te diré lo que deberías hacer – continuó diciendo el vagabundo –deberías volver a tu hogar con tu familia, ellos te esperan allá y ni tu ni ellos merecen sufrir más, debes marcharte.

Y tras eso el vagabundo se levantó, recogió su olla y el cuenco, y así como apareció, desapareció.

Después el hombre dedicó los últimos dos años en tratar de regresar a su casa, aunque igual tuvo que luchar para aguantar en las calles, tuvo la convicción real de que tenía que abandonar aquel país en el que no era bienvenido e irse con su familia. Su oportunidad llegó luego de tres horribles años, un barco estaba anclado en los muelles y se dirigía a su hogar, por lo que él, y muchos otros que habían sufrido penas similares, embarcaron y se fueron del país vecino.

Pero quizás sigas preguntándote algo ¿qué pasó con Edgar?

La última vez que Miguel vio a Edgar fue caminando por la plaza del pueblo, él y su papá habían ido a ver los nuevos adornos luminosos con los que la adornaron, lo que la convirtió en un bonito espectáculo de luces, era de noche, por lo que el efecto era aún más grandioso.

Su papá se había separado un minuto de él, ya que fue a comprar helados para los dos (aunque aún es un poco extraño comer helado en mitad de diciembre, cuando hace frío). Miguel se quedó a esperarlo en un banco, pero cuando se fue a apoyar en el apoyabrazos, se fijó en unas patas que se sujetaban al tubo de metal que era el apoyabrazos, cuando bajó la vista vio que había un murciélago que, con sus ojos ciegos le miraba sin verle.

-¡Edgar! – exclamó Miguel al verlo, estaba feliz y sorprendido de verle.

-Hola, Miguel – le saludó con su voz chillona – veo que estás con tu papá.

-Si – le contestó – estamos viendo los nuevos adornos de la plaza, se ven geniales.

-¡Vaya suertudo! – Exclamó un poco molesto el murciélago – ¡Y yo que no puedo ni acercarme a las luces!

-Si, no te envidio – le dijo Miguel – pero ¿qué haces aquí? Hace como dos días que no te veía por aquí.

Edgar suspiró y dirigió su mirada ciega a un costado antes de contestar.

-Quiero decirte, amigo mío, que me tengo que ir – le dijo Edgar tratando de no sonar triste, aunque sin mucho éxito – y vine a despedirme, no sé cuándo nos volvamos a ver.

Miguel se sorprendió por la noticia, aquello era algo que no podía prever, que no se esperaba en lo absoluto.

-Pero ¿por qué? – Le preguntó Miguel - ¿por qué te vas?

-Digamos, amigo, que me requieren en otra parte – le contestó Edgar – me he involucrado en un deber que no puedo posponer, me he visto envuelto en una obligación y por eso me tengo que marchar.

-Pero ¿qué clase de obligación? – preguntó de nuevo Miguel.

Edgar levantó...o bueno, bajó la vista hasta que su vista ciega se enfocó en la fuente que estaba en el centro de la plaza.

-Dicen que hay unos chicos con alas en esa fuente – empezó a decir Edgar
- ¿cómo era que los llamaban?

-¿Ángeles? – intentó corregir Miguel.

-Si...eso ángeles. El caso es que dicen que cada persona tiene uno que lo vigila y lo cuida allá donde vaya, que escucha sus problemas y que si hay algo que desees, y has sido una buena persona, entonces alguien que no es un ángel te va a ayudar. Aunque no se muy bien quién es, aunque creo saber porqué es que logra escucharle.

“Yo creo que es porque ellos van y le dicen a este alguien quién es esta persona, que bondades guarda en su corazón y que es lo que desea, entonces este alguien responde a lo que desea de una u otra forma, pero para ello necesita que alguien se los diga.”

“Pero he sabido de ruegos, de suplicas y de muchos deseos, muchas veces de almas tan puras como el agua de una fuente, los cuales nunca llegan a este alguien, tal vez porque no hay nadie que le ponga al tanto de sus peticiones, porque al parecer o no tienen ángeles o no quieren ayudarles, no sé que sea”.

“Y es esa mi obligación, Miguel, ser la voz de esas súplicas silenciosas, esos ruegos que nunca son escuchados, y es por eso Miguel que debo de marcharme.”

Miguel quedó en silencio por un rato, no entendía bien de lo que estaba hablando su amigo, pero sabía que estaba diciendo la verdad, quizá algún día lo fuese a comprender mejor, pero eso le hizo considerar que lo que buscaba su amigo era un noble fin.

-Ya veo, amigo – dijo por fin – entonces, esto va a ser un adiós.

Edgar volvió a mirarlo con su mirada ciega y le sonrió.

-Si quieres, puede ser un hasta pronto – le dijo su amigo - porque estoy seguro de que no me vas a olvidar, y los amigos que quedan en la memoria nunca te abandonan. Recuérdalo.

Y así concluye la historia de Miguel y Edgar, al menos tal y como me la contó el primero cuando fui a su casa y, tras ver un dibujo de un murciélago sonriendo en la pared de su habitación, le pregunté el porqué y él me mostró que detrás estaba su guarida.